

MANUEL M. FLORES.

ECOS.

Mirad la aurora,
Madre del día,
¡Cómo derrama
Luz, alegría!

Allá en el cielo
Todo es fulgores;
Todo en la tierra
Cantos y flores!

Sobre las hojas
Tiemblan las perlas,
Vienen las brisas
A recogerlas.

Saltando el ave
Trina en la rama;
Brilla el alfójar
Sobre la grama.

¿Do va el incienso
De los aromas?
Qué dice el ritmo
De las palomas?

Y todo luce
Canta, se agita,
Vida sagrada
Do quier palpita.

Alza la tierra
Su amante coro,
Y el sol la paga
Con besos de oro.

*

Luego, la noche
Su negra tienda
Abre del mundo
Sobre la senda.

Y entre la sombra
Muda y tranquila
Asoma el astro
Su alba pupila.

¿Sois por ventura,
Blancas estrellas,
Del cielo al mundo
Lágrimas bellas?

Joyas que bordan
El régio velo
Con que á la tierra
Cobija el cielo?

¿Chispas que lanza
La eterna sombra?
¿Polvo que deja
Dios en su alfombra?.....

*

Astros y flores
Quizá no viera
Si amor al alma
Su luz no diera.

Las vagas notas
Que el arpa lanza,
¿No son el himno
De la esperanza?

El alma encierra
Luz, armonía,
Es una aurora
La fantasía.

Doquier que vague
Mi pensamiento
La miel recoge
De un sentimiento.

Cual mariposa
Va la ilusion
Sobre las flores
De la Creacion.

En los rüidos
Que se levantan
Hay dulces ecos,
Voces que cantan.

Rumor de besos
Y de suspiros
Flota en las alas
De los cefiros.

Como en la selva
Trinan las aves
Hay en el alma
Voces suaves.

Ecos solemnes
Desconocidos,
Por voz humana
No traducimos.

Ecos que el alma
Tímida esconde,

Ecos que vienen
De no sé dónde.

Quizá del verbo
Del Alma inmensa
Que dice al hombre
Que vela y piensa:
—“De toda vida

Yo soy la llama:
Contempla, adora,
Espera y ama.”—

Yo creo. Por eso
Mi alma levanto.
Amo y espero. . . .
Por eso canto.

ADORACION.

Como al ara de Dios llega el creyente,
Trémulo el lábio al exhalar el ruego,
Turbado el corazon, baja la frente,
Así mujer á tu presencia llego.

¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores;
¿Para qué castigar con tus enojos
Al que es tan infeliz con tus amores?

Soy un esclavo que á tus piés se humilla
Y suplicante tu piedad reclama,
Que con las manos juntas se arrodilla
Para decirte con miedo. . . . que te ama!

¡Te ama! Y el alma que el amor bendice,
Tiembla al sentirle c. mo débil hoja.
¡Te ama! y el corazon cuando lo dice
En yo no sé qué lágrimas se moja.

Perdóname este amor, llama sagrada,
Luz de los cielos que bebí en tus ojos,
Sonrisa de los ángeles bañada
En la dulzura de tus labios rojos.

¡Perdóname este amor! A mí ha venido
Como la luz á la pupila abierta,
Como viene la música al oído,
Como la vida á la esperanza muerta.

Fué una chispa de tu alma, desprendida
En el beso de luz de tu mirada,
Que al abrasar mi corazón en vida
Dejó mi alma á la tuya desposada.

Y este amor es el aire que respiro,
Ilusión imposible que atesoro,
Inefable palabra que suspiró
Y dulcísima lágrima que lloro.

Es el ángel espléndido y risueño
Que con sus alas en mi frente toca,
Y que deja—¡perdóname, es un sueño!
El beso de los cielos en mi boca.

*
* *

Mujer, mujer . . . mi corazón de fuego,
De amor no sabe la palabra santa,

Pero palpita en el supremo ruego
Que vengo á sollozar ante tu planta.

¿No sabes que por sólo las delicias
De oír el canto que tu voz encierra,
Cambiaría yo, dichoso, las caricias
De todas las mujeres de la tierra?

¿Que por seguir tu sombra, mi María,
Sellando el lábio á la importuna queja,
De lágrimas y besos cubriría
La leve huella que tu planta deja?

¿Que por oír en cariñoso acento
Mi pobre nombre entre tus labios rojos,
Para escucharte detendré mi aliento,
Para mirarte me pondré de hinojos?

¿Que por sentir en mi dichosa frente
Tu dulce lábio con pasión impreso,
Te diera yo, con mi vivir presente,
Toda mi eternidad por solo un beso?
.....

Pero si tanto amor, delirio tanto,
Tanta ternura ante tus pies traída,
Empapada con gotas de mi llanto,
Formada con la esencia de mi vida;

Si este grito de amor, íntimo, ardiente,
No llega á tí . . . si mi pasión es loca,

Perdona los delirios de mi mente,
Perdona las palabras de mi boca.

Y ya no más mi ruego sollozante
Irá á turbar tu indiferente calma.
Pero mi amor hasta el postrer instante
Te daré con las lágrimas del alma.

AMEMONOS.

Buscaba mi alma con afan tu alma,
Buscaba yo la vírgen que mi frente
Tocaba con su lábio dulcemente
En el febril insomnio del amor.

Buscaba la mujer pálida y bella
Que en sueño me visita desde niño,
Para partir con ella mi cariño,
Para partir con ella mi dolor.

Como en la sacra soledad del templo
Sin ver á Dios se siente su presencia,
Yo presentí en el mundo tu existencia,
Y como á Dios, sin verte te adoré.

Y demandando sin cesar al cielo
La dulce compañera de mi suerte,
Muy léjos yo de tí, sin conocerte
En la ara de mi amor te levanté.

No preguntaba ni sabia tu nombre.
¿En dónde iba á encontrarte? Lo ignoraba;

Pero tu imagen dentro el alma estaba,
Más bien presentimiento que ilusion.

Y apenas te miré. tú eras el ángel
Compañero ideal de mi desvelo,
La casta virgen de mirar de cielo
Y de la frente pálida de amor.

Y la primera vez que nuestros ojos
Sus miradas magnéticas cruzaron,
Sin buscarse, las manos se encontraron
Y nos dijimos "te amo" sin hablar.

Un sonrojo purísimo en tu frente,
Algo de palidez sobre la mia,
Y una sonrisa que hasta Dios subia. . . .
Así nos comprendimos. . . nada más.

¡Amémonos, mi bien! En este mundo
Donde lágrimas tantas se derraman,
Las que vierten quizá los que se aman
Tienen yo no sé qué bendicion.
¡Amémonos, mi bien! Tiendan sus alas
Dos corazones en dichoso vuelo;
Amar es ver el entreabierto cielo
Y levantar el alma en asuncion.

Amar es empapar el pensamiento
En la fragancia del Eden perdido;
Amar es. . . amar es llevar herido
Con un dardo celeste el corazon.

Es tocar los dinteles de la gloria,
Es ver tus ojos, escuchar tu acento,
En el alma sentir el firmamento
Y morir á tus piés de adoracion.

ADIOS.

Adios para siempre, mitad de mi vida,
Una alma tan solo teniamos los dos;
Mas hoy es preciso que esta alma divida
La amarga palabra del último adios.
¿Por qué nos separan? No saben acaso
Que pasa la vida cual pasa la flor?
Cruzamos el mundo como aves de paso. . . .
Mañana la tumba ¿por qué hoy el dolor?
¿La dicha secreta de dos que se adoran
Enoja á los cielos, y es fuerza sufrir?
Tan solo son gratas las almas que lloran
Al torvo destino. . . . ? La ley es morir?
¿Quién es el destino?... Te arroja á mis brazos,
En mi alma te imprime, te infunde en mi ser,
Y bárbaro luego me arranca á pedazos
El alma y la vida contigo. . . . ¿por qué?
Adios. . . es preciso. No llores. . . . y parte.

La dicha de vernos nos quitan nomás;
 Pero un solo instante dejar de adorarte,
 Hacer que te olvide ¿lo pueden?... Jamás!
 Con lazos eternos nos hemos unido;
 En vano el destino nos hiere á los dos.....
 Las almas que se aman no tienen olvido,
 No tienen ausencia, no tienen adios!

Antonio Plaza.

¡DEJALA!

*Toma, niña, este búcaro de flores:
 Tiene azucenas de gentil blancura,
 Lirios fragantes y claveles rojos;
 Tiene tambien camelias, amaranto
 Y rosas sin abrojos,
 Rosas de raso, cuyo seno ofrecen
 Urnas de almíbar con esencia pura.
 Admítelas, amor de mis amores,
 Admítelas, mi encanto;
 Que en sus broches de oro se estremecen
 Las cristalinas gotas de mi llanto,
 Tibio llanto que brota
 Del alma de una madre que en tí piensa,
 Y por eso hallarás en cada gota
 Emblema santo de ternura inmensa.*

*
 * *

Una tarde de Abril, así decia,
 Sollozante, mi esposa infortunada,
 A mi hija indiferente, que dormia

En su lecho de tablas reclinada;
 Y como Herminia, ¡nada!
 Nada, en su egoísmo respondía
 A esa voz que me estaba asesinando:
 "Déjala—dije—*tu dolor comprendo*—...."
 La madre entónces se alejó llorando,
 Y ella en la tumba continuó durmiendo.

A MARIA LA DEL CIELO.

Y ya al pisar los últimos abrojos
 De esta maldita senda peligrosa,
 Has que ilumine espléndida mis ojos
 De tu piedad la antorcha luminosa.
 GARCIA GUTIERREZ.

Flor de Abraham que su corola ufana
 Abrió al lucir de redencion la aurora;
 Tú del cielo y del mundo soberana,
 Tú de vírgenes y ángeles Señora;
 Tú que fuiste del Verbo la elegida
 Para Madre del Verbo sin segundo,
 Y con tu sangre se nutrió su vida,
 Y con su sangre libertóse el mundo;
 Tú que del Hombre—Dios—el sufrimiento
 Y el estertor convulso presenciaste,

Y en la roca del Gólgota sangriento
 Una historia de lágrimas dejaste:

Tú que ciñes diadema resplendente,
 Y más allá de las bramantes nubes
 Habitas un palacio trasparente
 Sostenido por grupos de querubes;

Y es de luceros tu brillante alfombra,
 Donde resides no hay tiempo ni espacio,
 Y la luz de ese sol es negra sombra
 De aquella luz de tu inmortal palacio.

Y llenos de ternura y de contento
 En tus ojos los ángeles se miran,
 Y mundos mil abajo de tu asiento
 Sobre sus ojos de brillantes giran:

Tú que la gloria omnipotente huellas,
 Y vírgenes y tronos en su canto
 Te aclaman soberana, y las estrellas
 Trémulas brillan en tu régio manto,

Aquí me tienes á tus piés rendido
 Y mi rodilla nunca tocó el suelo;
 Porque nunca, Señora, le he pedido
 Amor al mundo, ni piedad al cielo.

Que si bien dentro el alma he sollozado,
 Ningun gemido reveló mi pena;
 Porque siempre soberbio y desgraciado
 Pisé del mundo la maldita arena.

Y cero, nulo en la social partida
 Rodé al acaso en páramo infecundo,
 Fué mi tesoro un arpa enronquecida
 Y vagué sin objeto por el mundo.

Y solo por doquier, sin un amigo,
 Viajé, Señora, lleno de quebranto,
 Envuelto en mis harapos de mendigo,
 Sin fé en el alma, ni en los ojos llanto.

Pero su orgullo el corazon arranca,
 Y hoy que el pasado con horror contemplo
 La cabeza qu'el crimen volvió blanca
 Inclino en las baldosas de tu templo.

Si eres ¡oh Virgen! embustero *mito*
 Yo quiero hacer á mi razon violencia;
 Porque creer en algo necesito,
 Y no tengo, Señora, una creencia.

¡Ay de mí! sin creencias en la vida,
 Veo en la tumba la puerta de la nada,
 Y no encuentro la dicha en la partida,
 Ni la espero despues de la jornada.

Dále, Señora, por piedad ayuda
 A mi alma que el infierno está quemando:
 El peor de los infiernos es la duda,
 Y vivir no es vivir siempre dudando.

Si hay otra vida de ventura y calma,
 Si no es cuento promesa tan sublime,

Entónces ¡por piedad! llévate el alma
 Qu'en mi momia de barro se comprime.

Tú que eres tan feliz, debes ser buena,
 Tú que te haces llamar Madre del hombre,
 Si tu pecho no pena por mi pena,
 No mereces á fé tan dulce nombre.

El alma de una madre es generosa,
 Inmenso como Dios en su cariño:
 Recuerda que mi madre bondadosa
 A amarte me enseñó cuando era niño.

Y de noche en mi lecho se sentaba,
 Y ya desnudo arrodillar me hacia
 Y una oracion sencilla recitaba
 Que durmiéndome yo la repetia.

Y sonriendo te miraba en sueños,
 Inmaculada Virgen de pureza,
 Y un grupo vía de arcángeles pequeños
 En torno revolar de tu cabeza.

Mi juventud, Señora, vino luego
 Y cesaron mis tiernas oraciones;
 Porque en mi alma candente como el fuego
 Rugió la tempestad de las pasiones.

Es amarga y tristísima mi historia:
 En mis floridos y mejores años,
 Ridículo encontré, buscando gloria,
 Y én lugar del amor los desengaños.

Y yo que tantas veces te bendije,
Despechado despues y sin consuelo,
Sacilego, Señora, te maldije,
Y maldije tambien al santo cielo.

Y con penas sin duda muy extrañas
Airado el cielo castigarme quiso;
Porque puso el infierno en mis entrañas;
Porque puso en mi frente el paraíso.

Quise encontrar á mi dolor remedio
Y me lancé del vicio á la impureza,
Y en el vicio encontré cansancio y tedio,
Y me muero, Señora, de tristeza.

Y viejo ya, marchita la esperanza,
Llego á tus piés arrepentido ahora.
Virgen que todo del Señor alcanza,
Sé Tú, con el Señor mi intercesora.

Díle que horrible la expiacion ha sido,
Que horribles son las penas que me oprimen;
Díle tambien, Señora, que he sufrido
Mucho ántes de saber lo que era crimen.

Si siempre he de vivir en la desgracia
¿Por qué entónces murió por mi existencia?
Si no quiere ó no puede hacerme gracia,
¿Dónde está su bondad y omnipotencia?

Perdon al que blasfema en su agonía
Y has que calme llorando sus enojos,

Que es horrible sufrir de noche y día
Sin que asome una lágrima á los ojos.

Quiero el llanto verter de que está henchido
Mi pobre corazon hipertrofiado,
Que si no lloro hasta quedar rendido
¡Por Dios! que moriré desesperado.

¡Si comprendieras lo que sufro ahora. . . !
¡Aire!... ¡aire!... ¡infeliz!... ¡que me sofoco!....
Se me revienta el corazon. . . . ¡Señora!
¡Piedad! . . . piedad de un miserable loco!!!

Duerme niño,

A MI HIJO EDMUNDO.

Cómo el alma enagenada
En su calma lisonjera
Sólo venturas espera
Con inocente inquietud.

GARCIA GUTIERREZ.

I.

Niño de blondos cabellos,
Suaves como la sonrisa
Del querub,
Que para jugar con ellos
Desciende mansa la brisa
Del azul.

Tienes la faz agraciada,
Brilla en tu frente preciosa
El candor,
Y tu boca inmaculada
Húmeda es cual de la rosa
El boton.

Niño qu'en lecho de piedra,
Duermes en sueño profundo,
Muy feliz;
Feliz porque no te arredra
Lo que tienes en el mundo
Que sufrir.!

Duérmete en dichosa calma,
Niño puro cual celaje
Del Eden,
Duerme hoy sin qu'en el alma
Venga el pesar su breva
A verter.

¿Sonríes? . . . ¿Estás soñando!
¿Quién nunca esos sueños supo
Explicar!
¿Sueñas, dí, qué estás jugando
De angelitos con un grupo
Celestial?

II.

Feliz tú que, durmiendo sin dolores,
Ves quizá suspendidos
En gasa de vapores,
Abrillantados ángeles vestidos
De un iris virginal con los colores.

Porque al primer albor de nuestra vida
 En el alma inocente
 La ventura se anida
 Y preciosa guardamos en la mente
 De azul y grana la ilusion teñida.

III.

Cuán grata en la edad del crimen
 Y cuán triste es la memoria
 De aquella bendita historia,
 Amarga, porque se fué
 Nuestra venturosa infancia
 Donde la inquietud no cabe,
 Porque uno entónces no sabe
 Si es venturoso ó no es.

Sin duda el Rey de los reyes,
 Con inefable cariño,
 Para ver al primer niño
 En el cielo se inclinó;
 Y al mirar qu'en la inocencia
 Hay goce tan sin segundo,
 Dejó el cielo y vino al mundo
 Niño tambien el Señor.

Bendita edad en que al viento
 Lindas burbujas mandamos,

Y de una caña formamos
 Un arrogante corcel;
 E infatigable, seguimos
 A las mariposas bellas,
 Y platicamos con ellas
 Y con las flores tambien.

Y sin que deseos impuros
 Manchen nuestros pensamientos,
 Siempre contentos, contentos,
 Todo es gozar y gozar;
 Porque tenemos el alma
 Llena de música y brisas,
 Y lleno está de sonrisas
 Tu reloj; ¡bendita edad!

Con qué placer en la noche
 Que á descansar nos obliga,
 Una madre nos abriga
 De su albo seno al calor;
 Y con ternura tan grande
 Que hasta el fanatismo toca,
 En nuestra frente coloca
 Besos, puros como Dios.

Y con qué placer nosotros
 Contemplamos inocentes
 Las palomas imprudentes
 En torno á la luz volar;

O ya, quemando el azúcar,
Esperamos con anhelo
Las hebras del caramelo
Que vamos á devorar.

O ya embobados oimos
Con interés que desvela,
Los cuentos que nuestra abuela
Nos cuenta para dormir:
Y si en los cuentos hay flores,
Y gigantes, génius, hadas,
Y princesas encantadas,
Y palacios de safir,

Entonces vemos soñando,
Diáfanos, indefinibles,
Todos esos imposibles
En nuestro redor vagar;
Y miramos en la sombra
Ráfagas de luz de cielo,
Y en cristalizado suelo
Cintas de color rodar.

Mas si la vieja imprudente
Nuestro candor amedrenta,
Porque la historia nos cuenta
De álguien que á penar volvió,
Y la imágen de ese muerto
Al dormir nos acobarda,

Al santo Angel de la guarda
Rezamos una oracion.

Y nuestro sueño es tranquilo,
Porque el alma no se anuda
De mañana con la duda
Ni de ayer con el pesar.

Y si un instante lloramos,
Es nuestra ventura tanta,
Que aún ese lloro abrillanta
De la ilusion el cristal.

Y doquier la mente gire
Hace de flores acopio,
Que un lindo caleidoscopio
Tenemos siempre ante nos;

Y bajo el brillante prisma
De nuestra ilusion primera,
Ni la ventura es quimera,
Ni hay ocaso para el sol.

IV.

Pero ¿más tarde...? Más tarde
¡Horrible la vida es!
El caleidoscopio arde,
Y nuestro sueño cobarde
Huye porque sueño fué.

Que al venir años tras años
Solo quedan, ¡santo Dios!
De este mundo en los escaños,
Desengaños, desengaños,
Que matan el corazón.

V.

Tú que te duermes inocente ahora
Sin recuerdos que vengan á punzarte,
Sueña feliz en tu bendita aurora
Sin que el dolor se acerque á despertarte.

¡Ay de quien corre en pos de la ventura
Con la frente preñada de ilusiones,
Con el alma inflamada de ternura
Y el corazón de nobles pulsaciones!

¡Ay del mortal imbécil que delira
Con amigos, amores, idealismo;
Porque encuentra ridículo, mentira;
Encuentra la maldad, el egoísmo!

Quien busca la verdad, encuentra el odio
Traidor, rindiendo á la lisonja culto;
Porque el amigo tiene, como Harmodio
En bellas flores el puñal oculto.

Quien nos parece amigo verdadero,
Si la fortuna llega á abandonarnos,

Es nada más un cómico embustero,
Que quiso divertirse y explotarnos.

Lo que amor se cree, es una llama
A cuya luz un sér se diviniza,
Y al extinguirse su brillante flama
Quedan solo tinieblas y ceniza.

Porque la fiebre del amor concluye,
Tornándose en cansancio fatigoso,
Y la ilusión soñada se destruye
Al probar un deleite vergonzoso.

Y los que hablaron del amor, mintieron,
Que no existe el amor en que creímos;
Mentira es el amor que ellas sintieron;
Mentira es el amor que ayer sentimos.

Al apurar la hiel de estas verdades,
Miramos las creencias adoradas
Convertidas en locas necedades
Con adornos de baile engalanadas.

Aunque un resquicio de ilusión nos sobre,
Aunque ame la virtud el alma necia,
¿De qué le sirve la virtud al pobre
Si hay una sociedad que lo desprecia?

Y no se puede ni clamar mañana
Contra esa sociedad que nos devora;

Que si la sociedad es cortesana
La debemos tratar como señora. . . .

Pronto, niño, colmado de tristura,
El mundo y sus quimeras maldiciendo,
Viejo, pobre, gastado, sin ventura,
Exclamarás, de cólera, riendo:

*¡Virtud! ¡honor! Risibles disparates,
Palabras nada mas, títulos vanos;
La virtud tiene aquí veintium quilates,
Y el honor diez dineros veinte granos.*

EL HOMBRE.

SONETO.

*Ciego que ve, hambriento que mantiene;
Burro en la chilla, en la opulencia mula;
Abate al pobre, al poderoso adula,
Y es enano ó titán, segun conviene.*

La vanidad que mata lo sostiene;
Y como falso su conciencia anula;
Si tiene una virtud la disimula,
Y finge poseer lo que no tiene.

Tal es el hombre. Pérfidas pasiones
Le invaden de la planta á los cabellos.
Todos iguales son, falsos, bribones;

Quien los conoce debe aborrecellos;
Y el coplero que firma estos renglones
Es lo mismo ó peor que todos ellos.
